

EL MISTERIO DE MARÍA Y SUS IMPLICACIONES EN LA ASCESIS MONÁSTICA

Las reflexiones que voy a presentar sobre el tema de la ascesis monástica en relación al misterio de María, más que el fruto de un estudio sobre los textos de los padres de la vida monástica o sobre trabajos que encaren este problema, son muy simplemente el resultado de las experiencias personales de nuestra comunidad, sobre la presencia de la Virgen en la vida monástica de cada una, y su puesta en común en algunos diálogos.

El primer problema que se nos presentó fue el de preguntarnos en qué medida y en qué sentido se podía hablar estrictamente de “ascesis” en el misterio de la Virgen. El tema, en sí, pide un examen de las implicaciones ascéticas del misterio de María en la vida monástica. Es evidente que si ella es el modelo de la Iglesia y su máxima expresión, su misterio es ejemplo para todo cristiano, y con mayor razón para todo monje, cuya profesión lo sitúa de por sí en un dinamismo continuo de conversión evangélica en la obediencia receptiva al Espíritu. Sin embargo, puesto que la Virgen fue concebida sin pecado original y por ende no experimentó la necesidad de una purificación de las inclinaciones de la naturaleza caída, ¿se puede hablar de un fenómeno propiamente ascético en ella, es decir de una experiencia de “ardua asimilación” al plan de Dios?

Esto nos ha llevado a reflexionar en profundidad sobre el significado y el alcance de la ascesis cristiana y monástica.

En cierto sentido, hay un solo asceta, que es Cristo. Es decir, que Cristo Jesús es el único, porque es el Verbo de Dios encarnado, mediador entre Dios y los hombres, cuyos sufrimientos redentores reconstituyeron en los hombres la Imagen y semejanza de Dios”, según la cual habían sido creados, haciéndolos aún más partícipes de la naturaleza divina. Así, es por él como nuestro destino humano-divino es reconstituido en su integridad y es llevado a una impensable plenitud, en virtud de su misterio pascual, que se perpetúa y se cumple en su cuerpo, la Iglesia. Y sólo en él, crucificado y resucitado de entre los muertos, la dimensión ascética de nuestra vida cristiana y monástica adquiere su plena significación.

Aceptadas estas premisas, sabemos que María participó más que nadie en el misterio pascual de su Hijo.

Además, si los teólogos distinguen entre una ascesis moral de purificación de los pecados y una ascesis mística de progresiva y cada vez más plena adhesión a Dios, también en María, inmune de todo pecado, se puede divisar un camino pascual que la asocia a los designios de Dios de un modo cada vez más consumado. Por el misterio de su vida, ella misma conoció el desarrollo de un camino histórico en el crecimiento de la fe y del abandono a los planes de Dios, hasta llegar a su estatura perfecta de Madre del Cristo total: de Dios y de los hombres. Participando así, en cierto modo, de las prerrogativas de Dios que es, en su totalidad, el Padre amante, único principio y dador de la vida.

Nuestras consideraciones y vivencias se han centrado y reducido a dos elementos fundamentales, los cuales a su vez se relacionan entre sí: el misterio de María tiene su punto de apoyo en la fe y en la maternidad.

Verdadero resto de Israel, María es, como dicen los Padres, el tálamo nupcial donde tienen lugar los esponsales de Dios con los hombres. Culmen de la historia de su pueblo y de todos los pueblos, heredera de la tradición de sus antepasados y figura de todos los siglos que encuentran en ella su plenitud, es ella misma la tierra virgen donde se reconcilian “ima summis”, como canta la liturgia.

María, la más simple y humilde de todas las creaturas, es el encuentro de la gratuidad del más perfecto

don de Dios, que es Dios mismo, con la totalidad de la recepción en la apertura sin límites de la fe. Y por eso, según la voz unánime de la tradición, ella es prototipo de la humanidad y modelo de la Iglesia y de la vida monástica.

Por encima de María, la primera de las creaturas y la cumbre de lo humano, sólo está el Verbo de Dios hecho carne en su regazo virginal.

Todo el misterio de María está ya presente en el cuadro de la Anunciación. Llena de la benevolencia de Dios, por la fe recibe en su corazón la palabra del Señor, a tal punto que, por esa misma fe, la concibe y la encarna en sus entrañas. El misterio central de la economía cristiana se realiza en su pequeñez abierta a la potencia del Altísimo. Desde este momento ella misma, escándalo de la fe, se convierte en piedra de toque de la adhesión de todo creyente a la revelación plena de Dios.

La vida entera de María se desarrollará alrededor de ese centro: la recepción de la Palabra, por la fe, condicionará su existencia en el cumplimiento operante y en la vigilancia interior de la asidua meditación espiritual. Paradójicamente, su virginidad engendra al Hijo del Altísimo: la maternidad divina es el fruto maduro de su entrega virginal. María, Madre porque es Virgen y Virgen porque es Madre. La luz deslumbradora de las bienaventuranzas evangélicas, de las antinomias de su Hijo Cristo Jesús, la ilumina con su dinamismo pascual.

Abierta por el don de Dios a la comunión con todo y con todos, en el servicio al que la conforma y la asocia el servidor de Yahvé que lleva en su carne, canta, en la Visitación, el cántico de su misterio de gracia. Su bienaventuranza es la bienaventuranza central del evangelio: “Beata quae credidisti”, que nada es imposible para Dios.

El signo de contradicción de Cristo bien pronto sella sus pasos: por él participa en el naciente reino de los cielos, y, paralelamente, en ella tiene su principio la lucha entre la luz y las tinieblas. Acogida y rechazo, incompreensión y fe, dolor y universalidad, “espada” y plenitud parecen acompañar su vida, pidiéndole una aceptación cada vez más profunda y vivencial de la fe.

La Navidad es la revelación de la “gloria” en la humillación y el rechazo. La purificación y el encuentro en el Templo son espadas que la traspasan para que quede al descubierto el secreto de los corazones de muchos. Y ella medita los caminos inescrutables de Dios, pasando, como dirá san Pablo a los Romanos, de fe en fe (*Rm 1,17*).

El rechazo del Hijo, más aparente que real en Caná, más patente en las escenas de la vida pública, ilumina una vez más paradójicamente su verdadera grandeza. Porque abierta al cumplimiento de la palabra por la obediencia de la fe, abierta a una incomprensible Alteridad en su interioridad más profunda, ella es la primogénita por gracia y la todopoderosa en la intercesión. Don de Dios y respuesta total se encuentran en ella en la síntesis más perfecta.

Quizás el corazón mismo de la ascesis de María es un continuo trascender de su fe, para que su maternidad sea un continuo trascender. El rechazo y la contradicción la asocian a la cruz redentora, para que sea eternamente *la Madre*, de Dios y de los hombres. Al pie de la cruz, Mujer por antonomasia, vive el momento culminante de su muerte y su resurrección, en la máxima negación y la máxima generación. Y desde ese momento en adelante, no será más que oración, acompañando a la Iglesia en un misterio continuo de alabanza y de espera del cumplimiento que se efectúa por la efusión del Espíritu y el acercarse de la Parusía.

De las reflexiones que preceden, puede desprenderse una doble línea de observaciones: qué implica este misterio para los monjes

- en cuanto que comparten con todos los cristianos un mismo camino de “vuelta al Padre;
- en cuanto que son llamados a vivir este camino según la impronta de su vocación particular.

En la vida de María, la ascesis cristiana aparece esencialmente como una ascética de la fe, que se abre

vivencialmente a los caminos pascuales de la voluntad de Dios. La ascesis cristiana es la coparticipación en el misterio pascual de Cristo, llevando a cumplimiento el misterio de la redención, a la cual libre y gratuitamente él nos asocia. Esta co-participación, si bien asume en cada uno rasgos personales según cada vocación específica, se expresa para todos esencialmente como una *metánoia*, para pasar del estado carnal al estado espiritual (ver la antinomia paulina de la carne y del espíritu).

Allí se sitúa fundamentalmente la muerte bautismal que engendra a cada uno a la vida nueva. La cruz diaria que nos pide el seguimiento de Jesús es morir a la carne para vivir en el Espíritu. Hay que perder la vida para ganarla eternamente, en la resurrección de entre los muertos, que se efectúa ya desde ahora por la fuerza del Espíritu. El camino definitivo de “los resucitados” es deambular en el Espíritu, crucificando en Cristo el amor de la “carne”, “hasta que él vuelva”.

La muerte y resurrección de la ascesis cristiana es, por lo tanto, la dinámica pascual de la “obediencia de la fe”. Esencialmente, el crisol en el que la muerte se abre a la posesión de la vida eterna es pasar de un estado “psíquico” a un estado “pneumático”.

El Espíritu, principio de la vida nueva, Dios en nosotros, engendra en los cristianos esos frutos de plenitud que los distinguen de los demás (*Ga* 5,22-23). Frutos que son signos y florecimiento del paso de la muerte del yo a la vida en el amor.

Estos signos de la vida nueva están ejemplificados y presentados paradigmáticamente en la Virgen, en los escasos relatos evangélicos que nos hablan de ella. Simplemente, en un análisis sumario y superficial, se pueden desprender de ellos algunas palabras claves, que iluminan el nuevo camino de la salvación. Si la palabra de la Anunciación es “Fiat”, las de la Visitación son la comunión y el servicio, las de la Natividad y Purificación son obediencia y pobreza. La incompreensión y la “espada” nos son presentadas en el Templo. Y el postergamiento de su persona y el cumplimiento de los caminos de Dios en las obras son el mensaje de su aparición en la vida pública. La Madre dolorosa nos asume universalmente al pie de la Cruz y en el Cenáculo nos habla de comunión perseverante y gozosa, en actitud de oración incesante en el corazón de la Iglesia, a la espera de la vuelta del Señor.

Pero, siguiendo la invitación de nuestro tema, podemos ahondar más en la consideración de las implicaciones monásticas de este camino pascual.

María es paradigma especial de los que siguen un llamado contemplativo, en cuanto su vida está centrada en el misterio de la Palabra. Palabra, como ya dijimos, tan hondamente recibida por su fe que apareció en ella revestida de carne humana. Palabra que no fue en ella más que carne y silencio. El sentido de su ser gira alrededor de este centro, es decir, de la Palabra recibida, engendada y entregada.

Vimos que este misterio central de la economía cristiana se realizó en ella por la virginidad-totalidad de su entrega, en su dimensión corpóreo-espiritual: virginidad que fue pobreza y apertura, disponibilidad y abandono, humildad y consentimiento. En una palabra, virginidad que fue “fe”. Por eso se abrió a la concepción de Dios, llegando a ser Madre de Dios y de los hombres. La actitud de escucha y disponibilidad interior a las exigencias del misterio que se realizaba en ella, completó en sus miembros crucificados por la fe una maternidad universal.

La vida monástica gira, por así decirlo, alrededor de ese mismo centro: la Palabra. Los monjes son los llamados, por una economía misteriosa, a ser condicionados, de manera total y exclusiva, por la “escucha” de la Palabra, la recepción, generación y entrega de la misma, dejando que su mensaje pascual los crucifique restituyéndolos por el Espíritu a la comunión y a la vida.

María es el prototipo de los que se abren en lo profundo a la recepción del Verbo. para que él mismo los inhabite en una nueva y gratuita encarnación. Corno en ella, ese llamado se cumple por la virginidad de una entrega incondicional, humilde y disponible.

Paradójicamente, los monjes tienen en la Iglesia, el ministerio de la Palabra: escuchar la Palabra con un corazón pobre y humilde, y engendrarla por una recepción virgen y obediente, para que, por las

fuerzas espirituales que brotan del seno de la contemplación, esa misma Palabra fructifique y se entregue en ellos como signo profético por excelencia en el corazón de la Iglesia.

Como María, los llamados a la vida monástica, solitarios y padres de todos, son también llamados a vivir en nombre de todos como centro de la creación y cumbre de la historia.

Aquí, según mi parecer, se enfoca una ascesis típicamente monástica. Sellados por un misterio de receptividad e interiorización, en razón de nuestro llamado específico, tenemos que ser presencia gratuita y pródiga del Cristo encarnado, muerto y resucitado. Participando más de cerca del evangelio de Jesús, no subjetivamente sino en razón de nuestra vocación específica, tenemos que compartir, entre otras, su presencia misteriosa y trascendente, su inexplicable ser por el sencillo hecho de ser.

El camino de la ascesis monástica pasa en profundidad por el itinerario pascual anteriormente descrito: obediencia de la fe que se convierte en principio de vida nueva. Tradicionalmente, la obediencia monástica es el centro de nuestra ascesis. Captando con los oídos del corazón el continuo llamado a la conversión del juicio, nuestros pasos se encauzan en la corriente divina del Espíritu. *Alieno ambulari iudicio*, nos pide la Regla. Sabemos que es la voz más profunda de nuestra verdadera identidad, pero al mismo tiempo una adhesión siempre nueva al soplo “pascual” del Espíritu.

Bien sabemos qué correlacionadas e inseparables son, bíblica y monásticamente, las realidades Palabra - Fe - Escucha - Obediencia. Obedecer existencialmente es convertirse en adhesión vivencial a la fe, como nos lo atestigua la verdadera grandeza de la Virgen.

Esta actitud de fe obediente está inmersa de por sí en el silencio mismo de Dios. La creatura nueva, la tierra nueva de la Pascua es un corazón virgen, abierto en el silencio a la recepción y a la entrega. Los ruidos interiores son las barreras del yo, demasiado lleno de sí mismo para recibir. El silencio “virgen” de la redención, del perdón, vibra en sintonía con el silencio eterno desde el cual el Padre pronuncia su Palabra.

Los monjes, hombres de la totalidad, de la escucha, serán, como María, hombres solitarios, sumergidos en “el silencio”.

María, Virgen de la contemplación, Madre del sí y de los pobres, Virgen del silencio..., María, Arca de la Alianza y Sagrario del Espíritu, Morada de la Trinidad y Esposa del Verbo... En la literatura de todos los tiempos, las imágenes líricas que la evocan son innumerables. Y, de hecho, sólo la poesía y el silencio pueden evocar el misterio de aquella que recibió la Palabra como semilla fecunda de la Vida.

Como el silencio, la soledad es un rasgo constitutivo de la vocación monástica. Los monjes son solitarios y solidarios porque Dios es soledad y comunión, Dios es el Solo porque es Único, y Comunión porque es Trino. La Virgen es la “sola”, porque participa de la soledad de Dios, inalcanzable e incomprensible por la unicidad constitutiva de su ser como enlace entre lo divino y lo humano. Es la sola porque vive plenamente en su centro: el Hijo de Dios en sus frágiles miembros humanos. Virgen escondida, rechazada, Virgen de la reflexión de las palabras incomprensibles. Virgen de la permanencia en el plan del Padre, por la meditación interior y el cumplimiento de su palabra. Virgen del olvido, de la presencia constante e inadvertida.

La Virgen de la Pascua es también la Madre de los Mártires. Una vez más, el seguimiento de la Palabra es su pasión pascual.

Llamados a ser “crisificados”, los monjes conocen el martirio de la fe y de la esperanza. Detrás de María, ellos vislumbran los primeros brotes de la gloria de la resurrección, por el camino de la contradicción de las bienaventuranzas. Como María, participan del martirio de la espera: cuanto más transparente se hace el velo, más grande es el sufrimiento por el misterio inaccesible.

La Virgen conoció bajo la Cruz las verdaderas dimensiones de su maternidad. En el crisol de su

desierto, el monje percibe las dimensiones plenas de su nuevo ser pascual. El desierto más hondo abre en lo secreto el maná escondido que brota de la verdadera fuente de la comunión existencial. Virgindad-fecundidad, soledad-comunión, muerte-resurrección hacen estallar todo límite individual en la identificación con el yo de Cristo: Dios y hombre, Uno y Trino.

Llamados al desierto para recibir y encarnar la Palabra, sepultados en una muerte bautismal de soledad y esterilidad, muertos en la carne y vivificados en el Espíritu, los monjes son devueltos a la verdadera comunión en la asunción total de la Iglesia. Es así que el desierto monástico es el “humus” fecundo de la paternidad universal.

Después del Viernes Santo, la Virgen se transforma plenamente en oración y alabanza, en una ardiente espera en comunión con la Iglesia: es la Madre del Cenáculo, Esposa del Espíritu y Virgen de Pentecostés.

Hombres de la esperanza escatológica, los monjes apresuran por la fe y la oración la segunda venida del Hijo del Hombre, contemplando, ya en la noche, la alborada naciente del mundo nuevo.

En conclusión, podemos decir que tanto pudo la fe en María, que recibió en su propio cuerpo la Palabra del Padre, operante por la fuerza del Espíritu, como semilla de la Vida. Del mismo modo quizás, en el misterio de la Asunción, tanto pudo en ella la fuerza de la esperanza, que, por la intensidad de su deseo espiritual, “pasó” al Padre con todo su ser, alma y cuerpo, resurgiendo antes de haber muerto.

Pueda la oración vigilante de los solitarios y su esperanza escatológica apresurar la transfiguración de este mundo, en la gloria de los hijos de Dios, por medio de la ardiente espera de la segunda venida de Jesús.